

cretos de la naturaleza, y disputó desde el más alto cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en las paredes, podía habernos dicho algo sobre los mundos planetarios y darnos en esta materia un rayo de luz. Entonces tendríamos un sólido punto de partida, tanto más cuanto que sus escritos sobre el Cielo y la Tierra, sobre la materia y el espíritu, sobre las criaturas y el Criador, merecieron clara y terminantemente la aprobación divina en aquellas palabras que el mismo Señor le dirigiera: *Bene scripsisti de me, Thoma*; Tomás, has escrito bien de mí. — *Ojo* —

Quizás así lo permitió Dios, por no haber llegado todavía el momento oportuno de descifrar este enigma. La sabiduría divina lo tiene todo establecido con peso y con medida. Y así como hubo un momento histórico para el descubrimiento de la virgen América, y para conocer la fijeza del Sol y el movimiento de la Tierra, y para dominar la fuerza del vapor y de la electricidad, debió de haberlo también para com-

prender la naturaleza de los mundos planetarios. Ya esta verdad empieza á presentarse á nuestro entendimiento. No cejemos en nuestras investigaciones, estudiémosla sin descanso; y si todavía la vemos algún tanto rodeada de sombras, pronto éstas se disiparán y brillará en todo su esplendor, redundando en mayor gloria del Supremo Artífice del Universo.

Nuestro siglo XIX parece haber sido el destinado á recibir esta revelación científica. Sabios de todas las naciones, filósofos, teólogos, oradores, poetas y las grandes eminencias astronómicas, parecen haberse dado la consigna para arrancar á la naturaleza este secreto.

Pero al paso que algunos han hablado de la habitabilidad de los astros en un sentido inadmisible y absurdo, otros la han estudiado sesudá y católicamente. A la primera clase pertenecen todos los espiritistas, los defensores de la metempsicosis ó transmigración de las almas y gran número de novelistas, A la

segunda clase pertenecen aquellos sabios y escritores que, no basados en aquello de *el mentir de las estrellas es un seguro mentir*, sino puramente en la investigación de la verdad, con ánimo sereno y tranquilo, han analizado las causas y los efectos, las ventajas y los inconvenientes, las dificultades y las soluciones en la materia que nos ocupa. Entre éstos merece ser colocado en lugar preferente el P. Angel Secchi, gloria de la moderna Astronomía y astro brillante de la Compañía de Jesús, el cual dice que la analogía de muchos astros con el globo que conocemos y sobre el cual vivimos nos debe persuadir de que también en ellos existen seres vivientes, aunque tal vez dotados de otras propiedades y desarrollando su energía nativa bajo otras condiciones y modificaciones climatéricas diferentes de las que vemos á nuestro alrededor. "Por nuestra parte, concluye el sabio jesuita, creemos absurdo considerar tan vastas regiones como desiertos inhabitados; deben de estar poblados de seres inteli-

gentes y racionales, capaces de conocer, honrar y amar á su Criador, y quizá los moradores de esos astros sean más fieles que nosotros á los deberes que les impone su gratitud hacia Aquel que los sacó de la nada," (1).

Las palabras del P. Secchi son en esta materia de un peso muy grande. Religioso humilde, sencillo y fervoroso á la par que sabio profundo, á quien debe su adelanto la astronomía física, tiene una autoridad indiscutible. Él, que tan minuciosamente había examinado á Marte, Venus, Mercurio y Júpiter, y la estrella Omicrón de Piscis, y la Alfa y Beta de Aries, y el cuadrado del Pegaso, y las Pléyades y las componentes del Orión; él, que no apartaba su vista de los cuerpos celestes sino para trasladarlos al papel rodeados de fórmulas matemáticas; él, que extendió los mapas de esas grandes lumbreras que nos envían su luz, y fijó la dirección de sus ríos, la extensión de sus mares, el nú-

(1) En su obra *El Sol*, libro VIII, capítulo único, párrafo 4.º

mero y nombre de sus montañas y volcanes; él, repito, más que otro ninguno hasta el presente, al inclinarse tan decididamente en favor de otros mundos habitados, tiene tanta fuerza sobre nosotros como la tiene el maestro sobre el discípulo, el letrado sobre el idiota, el de escudriñadora mirada sobre el casi privado de vista.

Tampoco sería justo pasar aquí en silencio el nombre celeberrimo de Camilo Flammarion, á quien casi podemos llamar el portaestandarte moderno de la habitabilidad de los astros. Oigamos alguno de sus grandilocuentes párrafos: «¡Sí, dice él; nos habéis aparecido en vuestra vestidura espléndida, astros magníficos que resplandecéis en el éter! Nosotros hemos ascendido hasta las regiones lejanas que recorréis en los cielos; hemos seguido las líneas sinuosas de vuestras vastas órbitas; hemos observado las transformaciones que las leyes de la luz y del calor operan en vuestra superficie; hemos asistido á los cuadros que la mano sabia de la Naturaleza

hace aparecer sobre vuestros campos al rayar del día, al ocaso del astro rey ó durante vuestras noches estrelladas <sup>(1)</sup>. Hemos visto esas cosas; hemos comprendido cuán poco digna es nuestra morada de ser comparada con la vuestra; hemos juzgado con más acierto el intervalo que nos separa de vosotros, astros sublimes. Hemos sentido mejor la distancia que aleja nuestra humanidad primitiva de las gloriosas humanidades cuya residencia sois...» <sup>(2)</sup>.

La Iglesia, por su parte, no ha dicho ni definido cosa alguna sobre este particular. Por lo cual en este punto, como en otros muchos, es lícita por ahora la

(1) Flammarion, en su obra *La Pluralidad de Mundos habitados*, libro II, núm. 11, pone la siguiente nota: «Con el fin de que no se dé una interpretación panteística á la palabra Naturaleza, que se repetirá á menudo en estos estudios, diremos que: Consideramos á la Naturaleza, esto es, á la universalidad de las cosas creadas y de las leyes que las rigen, como la expresion de la voluntad divina».

(2) *La Pluralidad de Mundos habitados*, libro V, número 111.

controversia, y cada cual puede sentir como le parezca.

Pero ¿es laudable ó es temerario el ocuparse de esta clase de cuestiones?

Algunos, interpretando mal aquellas palabras de San Pablo <sup>(1)</sup>: *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*, y creyendo que todas aquellas cosas que se hallan algún tanto por encima de nosotros son misterios, han proclamado que era vituperable el tentar la solución de estos misterios, y defienden que en tales materias hemos de tener la fe del carbonero, y que la ignorancia es buena, en general, á fin de que no se aprenda á conocer lo que es inconveniente.

Nosotros, por el contrario, vemos que la ciencia, con tal que se funde en Dios y á él se dirija, es la aspiración más propia del hombre. Por lo mismo que es un sér inteligente, la ciencia le atrae, la ciencia es su condición, la ciencia

(1) Epist. ad Rom., cap. XII, ver. 3.

es su vida, la ciencia es su sueño. Por esto el santo rey David pedía al Señor que le enseñase la doctrina y la sabiduría: *Disciplinam et scientiam doce me* <sup>(1)</sup>; y en el libro de los Proverbios, leemos que el corazón del sabio procura ser instruido: *Cor sapientis querit doctrinam* <sup>(2)</sup>.

Y no importa que esta clase de cuestiones, como, por ejemplo, la habitabilidad de los astros, parezcan al primer golpe de vista atrevidas, relacionadas con dogmas de fe y contrarias á la interpretación que hasta el presente se ha venido dando á algunos textos de la Sagrada Escritura. A pesar de esto, sostenemos nuestro criterio de que es lícita sobre ellas la controversia, fundándonos para ello, entre otras razones, en la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

He aquí sus palabras:

“Dos cosas hay que distinguir en lo perteneciente á la fe. Las hay que de suyo pertenecen á la sustancia de la fe,

(1) Psalm. 113, ver. 66.

(2) Prov., cap. XV, ver. 14.

como que Dios es uno y trino, y otras semejantes, y acerca de ellas no es lícito opinar en sentido contrario. De donde San Pablo decía á los Gálatas que, aun cuando un ángel de Dios les evangelizara cosas contrarias á las que les había enseñado, debían anatematizarlo. Pero las hay que sólo accidentalmente pertenecen á la fe, en cuanto se leen en la Sagrada Escritura, que según la fe ha sido promulgada por el Espíritu Santo, y esas pueden ser ignoradas sin peligro por los que no tienen obligación de conocer la Escritura Sagrada, como son las cosas historiales, acerca de las cuales los Santos han opinado de diversa manera, interpretando variamente la Biblia. Así, en lo relativo al principio del mundo hay algo que pertenece á la sustancia de la fe, como que el mundo empezó, que fué creado, y esto unánimemente enseñan todos los Santos; pero la manera y el orden en que el mundo fué hecho no pertenece sino accidentalmente á la fe, en cuanto lo narra la Sagrada Escritura, cuya

verdad expusieron los Santos de diversas maneras y en sentido también diverso <sup>(1)</sup>„.

De esta doctrina de Santo Tomás se deduce que, no perteneciendo al objeto inmediato de la fe la no habitabilidad de los astros, puede haber error en la interpretación que se ha dado á ciertos textos de la Sagrada Escritura que á ella parecen referirse, como lo hubo en la que se dió á los que se refieren á la antigüedad de la Tierra, á la universalidad del diluvio, al movimiento del Sol y á otros muchos.

Y en efecto, unánime fué un tiempo la interpretación que se daba al capítulo I del Génesis, suponiendo de veinticuatro horas los días de la Creación; y sin embargo, aquella interpretación ha sido por todo el mundo abandonada, y nadie cree ya en dichos días naturales. Unánime fué la interpretación de la narración que Moisés hace del diluvio, y que afirmaba que sus aguas cubrieron

(1) Dist. XII, art. III, tomo VI, edición romana de 1750.

con exceso todos los puntos del globo terrestre; y no obstante, hoy todos admitimos que el legislador de los hebreos sólo presentó como sumergida por las aguas aquella parte del globo habitada por los hombres cuyo castigo narraba. Unánime fué entre los Padres de la Iglesia y los exégetas la interpretación de los versículos 12 y 13 del capítulo X del libro de Josué respecto al paro del Sol sobre Gabaón y de la Luna sobre los valles de Ayalón; y sin embargo, fué totalmente abandonada apenas se presentó el sistema de Copérnico.

En vista de todo esto, no nos arredra el saber que durante muchos siglos haya venido creyéndose contraria á la Sagrada Escritura la doctrina de la habitabilidad de los astros. No importa; la verdad se abrirá paso poco á poco, la ciencia con su llave de oro nos franqueará las puertas de otros mundos. El hombre se convencerá, por último, de que no está solo en el Universo, y no tardará el día en que recostado sobre la verde hierba

de las llanuras, ó meciéndose en frágil leño entre las olas del mar, contemplando las magnificencias del firmamento estrellado, á través de los misteriosos resplandores de las constelaciones, por en medio de los cielos estelíferos, en las profundidades inconmensurables del espacio infinito, saludará á otras humanidades hermanas nuestras, que como los habitantes de la Tierra recorren los caminos que les fijara el dedo de la Providencia y que desembocan todos en la eternidad.

---